

LA TRIBUNA

La hora del Guadalmedina

MANUEL OLMEDO CHECA
DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

El pasado jueves 14 de noviembre se cumplieron 30 años de la catastrófica inundación que, con un balance de 12 víctimas y gravísimas pérdidas económicas, asoló Málaga



Las recientes y catastróficas inundaciones en el Levante, con siete víctimas mortales y cuantiosos daños, son una manifestación más de las terribles consecuencias de una nueva DANA, antes conocida como 'gota fría'.

El pasado jueves se cumplieron 30 años de un desastre aún mayor, que con un balance de 12 víctimas y gravísimas pérdidas económicas asoló Málaga entre mediados de noviembre y comienzos de diciembre de 1989. Aquella interminable calamidad la vivió quien esto escribe día a día y en una circunstancia muy singular. A ello se debe el poder redactar hoy estas líneas.

En la mañana del martes 14 de noviembre el cielo de Málaga se ennegreció y comenzó una copiosa lluvia. Desde dos o tres horas antes la tormenta descargaba sobre el Valle del Guadalhorce y la zona occidental del término municipal, provocando el desbordamiento del río y de todos los arroyos cercanos.

Málaga se fue quedando sin electricidad, sin agua potable, sin semáforos, sin teléfono, sin ferrocarril, sin aeropuerto y sin carreteras practicables, con la N-340 cortada a la altura del puente de la Azucarera. Una fuerte granizada agravó aún más la situación. Aquella noche los barrios de la zona occidental eran un territorio devastado, con multitud de casas y establecimientos inundados. Hubo zonas en las que el nivel alcanzado rebasó los dos metros.

Dado que se sucedían nuevas crisis como la del 14 de noviembre, afectando ya a la totalidad del término municipal, fue necesario solicitar la ayuda del Ejército y crear en el Ayuntamiento un órgano de coordinación. Llegaron unos 800 efectivos de La Legión, de Operaciones Especiales, de Artillería y de Zapadores –entonces no existía la UME– y junto con otros 1.500 hombres de los servicios municipales y empresas de obras públicas fue posible sacar a Málaga de la angustia y el caos.

El juicio crítico sobre el desastre vivido, es decir, el análisis de lo que ocurrió y de porqué constituye una enseñanza muy valiosa para prevenir que pudiera repetirse, probabilidad que 30 años después se ve obviamente incrementada por el demostrado y evidente cambio climático. La Conferencia sobre el Clima celebrada en París el año 2015 y la reciente cumbre de las Naciones Unidas en Nueva York no dejan lugar a dudas sobre la imperiosa necesidad de luchar contra la contaminación.

En Málaga, desde 1989, se han realizado muchas y muy positivas actuaciones para evitar que se produzca un siniestro de análogas proporciones al de entonces. Pero el Guadalhorce y el Guadalmedina continúan constituyendo serios riesgos. El viejo puente de la Azucarera no permite evacuar ni la mitad del caudal de una avenida extraordinaria. En 1989 el río se desbordó en seis ocasiones.

Bienvenida sea la prevista obra para aumentar su capacidad de evacuación, y también la presa de

Casasola, que regula el río Campanillas. Pero en nuestra modesta opinión con ello no se elimina el riesgo existente, por lo que resulta de todo punto necesario y urgente sustituir este puente, inaugurado el 4 de abril de 1869, y al que apenas dos años y medio después la primera riada que vino se le llevó dos de sus arcos.

Y, respecto al Guadalmedina... la historia de Málaga está íntimamente relacionada con sus periódicos desbordamientos. La primera riada conocida se remonta a 1193, y se llevó el puente que existía donde está el actual de Santo Domingo. Más de tres siglos después, el 21 de abril de 1559 en el Ayuntamiento se propuso desviar el cauce «por cima de los Percheles». La peor catástrofe ocurrió el lunes 22 de septiembre de 1661, y provocó más de 600 muertes. Las riadas de los días 11, 25 y 26 de septiembre de 1764 fueron también devastadoras y motivaron el gran proyecto de Antonio Ramos, que comprendía la desviación del río y la construcción de un gran paseo arbolado sobre el cauce. El último gran siniestro se produjo el 24 de septiembre de 1907.

Aunque sean escenarios distintos, tras la riada del 13 y 14 de octubre de 1957 que arrasó Valencia, se realizó una gran obra: un nuevo cauce para el río Turia, con casi 12 kilómetros de longitud, que no solo resolvió definitivamente el problema sino que además logró para la capital un gran espacio para uso ciudadano. El derrumbamiento de la presa de Tous es también algo para no olvidar.

En Málaga la última solución para el Guadalmedina fue propuesta el año 2000. Pero la dificultad de la obra, su elevado coste y las circunstancias políticas del momento impidieron que algo se hiciera. Para minimizar el riesgo fue muy acertada la decisión de reducir al mínimo el nivel normal de El Limonero. Y buena idea es construir los puentes-plaza que se han planteado. Pero con ello no se resuelve el problema, que no es otro que la incapacidad de la presa para laminar una avenida extraordinaria y la del encauzamiento para conducir el caudal proveniente de su aliviadero, sumado al de los arroyos que afluyen al cauce aguas abajo del embalse.

He dedicado muchos años a estudiar las aguas de Málaga. Leonardo de Vinci dejó escrito: «Si quieres tratar con el agua, consulta primero con la experiencia y luego con la razón». Todo lo expuesto me ha llevado a diseñar una alternativa que podría constituir una solución factible y asumible, y que está por supuesto a disposición del organismo que quiera conocerla.

Quien esto escribe considera un deber moral advertir públicamente –asumiendo el riesgo de ser motejado de alarmista– sobre la necesidad de anular el peligro que el Guadalmedina representa para Málaga. Una autorizada voz declaró no hace mucho tiempo que en vez de construir el Metro, Málaga debía haberse planteado resolver la amenaza que el río constituye. Después de cuatro siglos y medio ojalá pueda afrontarse la necesaria solución. ¿Es ya la hora del Guadalmedina?